

# El fin de la era europea

Juan Pablo FUSI AIZPURÚA  
Universidad Complutense de Madrid

Por su magnitud, por las devastaciones que produjo, por el Holocausto del pueblo judío, por su significación ideológica y moral, por la grandeza épica (y también, el horror) que tuvieron muchos de sus episodios bélicos, por el resultado final –derrota de las potencias fascistas: Alemania, Italia, Japón–, la II Guerra Mundial dejó huella indeleble en la memoria de la humanidad: cambió para siempre el orden mundial, el equilibrio internacional, la vida social, económica, política, de la práctica totalidad de los países del planeta. Para Europa, las consecuencias fueron ciertamente definitivas. Europa nunca se habría liberado de Hitler y ganado la guerra mundial con sus propias fuerzas y recursos. Como ya dijera en junio de 1940 Churchill, el primer ministro británico entre 1940 y 1945, el nuevo mundo, los Estados Unidos, tuvo que venir en ayuda del viejo mundo, con un esfuerzo, además, colosal: movilización de 12 millones de soldados y reservas, gasto de unos 350 billones de dólares, muerte de unos 274.000 soldados. La guerra ratificó, así, el declinar de Europa: precipitó la desaparición de los imperios coloniales, dejó una Europa dividida; una Europa occidental libre (con la excepción de España y Portugal) y una Europa del este comunista –incluidos, tras la partición de Alemania, la llamada República Democrática de Alemania y Berlín este– controlada por la Unión Soviética.

Los principales países europeos occidentales –Gran Bretaña, Francia, enseguida la República Federal de Alemania, ocasionalmente Italia– aún tendrían voz y peso considerables en la vida internacional: Gran Bretaña y Francia, por ejemplo, serían, como los Estados Unidos, la Unión Soviética (URSS) y China, miembros permanentes del Consejo de Seguridad, el poder ejecutivo de la Organización de Naciones Unidas (ONU), el organismo internacional permanente creado en 1945 como base de un hipotético gobierno del mundo y como garantía de la paz. Como veremos, Europa pondría en marcha desde 1950 una gran operación histórica –la construcción de una comunidad económica y política europea– que parecía podría garantizar su ascendencia internacional. La cultura europea aún gozaría en la posguerra de considerable prestigio e influencia en el mundo. Pero el eje del orden mundial no era ya, después de 1945, un eje europeo. La guerra produjo la emergencia de los Estados Unidos y de la Unión Soviética (URSS) como nuevos y grandes poderes mundiales, un mundo bipolar por tanto, pese a la ONU, marcado además casi de inmediato por el conflicto global por la hegemonía entre las dos “superpotencias”, la “guerra fría”, conflicto que se prolongó con etapas y fases de distinta naturaleza e intensidad hasta la caída del comunismo en 1989 y la desaparición de la URSS en 1991. Europa occidental no tuvo papel alguno, por ejemplo, en la carrera espacial, uno de los desarro-

llos científicos más importantes, y desde el punto de vista informativo, más espectaculares, de la posguerra, cuyos primeros hitos, memorables, fueron el lanzamiento por la URSS en octubre de 1957 del primer satélite espacial y la realización en 1961, también por la Unión Soviética, del primer vuelo espacial tripulado, y la llegada del hombre a la luna en 1969 dentro del programa Apolo desarrollado por los Estados Unidos.

Europa perdió, en efecto, sus imperios coloniales, el fundamento, hasta 1939, de su poder en el ámbito internacional. La descolonización fue inevitable. La guerra dislocó sustancialmente la relación entre los imperios y los territorios colonizados: la caída de Francia en junio de 1940 y la rendición británica en Singapur en febrero de 1942 fueron, desde la perspectiva de las colonias, los mayores golpes dados al prestigio de los imperios francés y británico en toda su historia. Tras la guerra, el viejo orden colonial no podría ser reconstruido. Era incompatible con la visión que del nuevo orden internacional tenían los Estados Unidos y la Unión Soviética, y con el mismo clima moral de la posguerra. El artículo primero de la Carta de las Naciones de la ONU hacía referencia, por ejemplo, al principio de auto-determinación de los pueblos como base de la paz y la amistad internacionales. La resolución 1514 de su Asamblea General condenó la continuación del poder colonial; en 1961, la ONU creó un Comité de Descolonización para supervisar e impulsar los procesos descolonizadores en marcha.

En febrero de 1947, Gran Bretaña anunció que abandonaría la India no más tarde de junio de 1948: dirigentes políticos, administradores coloniales, mandos militares, medios de comunicación y opinión pública habían llegado a la conclusión de que el mantenimiento del imperio resultaba militar y económicamente imposible. India y Pakistán proclamaron la independencia el 15 de agosto de 1947, antes de la fecha prevista por los ingleses; Sri-Lanka (Ceilán), lo hizo en diciembre. Pronto les seguirían muchos otros países: Birmania, el 4 de enero de 1948; Indonesia, el 27 de diciembre de 1949; Libia, el 14 de diciembre de 1951; Eritrea, ex colonia italiana como Libia, se federó a Etiopía en 1952. Tras su derrota militar en Diên Biên Phu en mayo de 1954, Francia reconocería la independencia de Indochina (Camboya, Laos, Vietnam). Veintinueve países afro-asiáticos independientes se reunieron ya en la conferencia de Bandung (Indonesia) de abril de 1955 para formar un bloque de países no alineados ni con la URSS ni con los Estados Unidos, una forma de afirmación del nuevo poder de los pueblos descolonizados. En 1956 se produjo la independencia de Sudán, Túnez y Marruecos; en 1957, las de Ghana y Malasia; en 1958, Singapur y Guinea. Diecisiete países africanos accedieron a la independencia en 1960; dos más lo hicieron al año siguiente; otros cuarenta, entre 1961 y 1981.

El proceso de descolonización distó mucho de ser un proceso ordenado y gradual. Francia tuvo en la guerra de independencia de Indochina (1945-54) 77.000 bajas mortales; el Viet-Minh, el movimiento por la independencia de Vietnam, perdió más de 200.000 hombres. En la guerra de Argelia (1954-62), murieron 27.000 soldados franceses y entre 140.000 y un millón de argelinos. Miles de personas murieron igualmente en la rebelión de los kikuyu en Kenya (1952-57). La respuesta de los imperios al desafío anticolonialista fue, en efecto, distinta. Enfrentada a acuciantes problemas en India y Palestina, Gran Bretaña optó por negociar con los dirigentes indios el abandono y la partición de la India y por retirarse de Palestina y

traspasar la administración del territorio a la ONU (que en 1947 acordó la partición de Palestina en dos Estados, uno árabe y otro judío, solución que llevó a la creación de Israel en 1948 pero no aceptada por los países árabes). En África, la descolonización británica fue en líneas generales una descolonización sin trauma: un proceso de cesión gradual del poder y de la administración a las nuevas autoridades nacionales elegidas en procesos electorales anteriores a la independencia. Con todo, en 1965, la minoría blanca de Rhodesia (Zimbabwe), representada por el Frente Rhodesiano, proclamó unilateralmente la independencia antes que aceptar un gobierno de mayoría negra según el proceso de descolonización trazado por Gran Bretaña, conflicto que generaría una intensa resistencia guerrillera y que se prolongó hasta los acuerdos logrados en 1979 mediante negociaciones propiciadas por Londres.

Francia vio, sin embargo, en el mantenimiento del Imperio –redefinido como una “unión francesa” de departamentos y territorios ultramarinos asociados y democráticos– la clave para el restablecimiento de su papel internacional y el fundamento de la autoridad y el prestigio de la recién creada IV República, tras la humillación que había supuesto la capitulación ante la Alemania nazi en junio de 1940. La fórmula funcionó sólo en algunos territorios africanos y antillanos. En Indochina, Francia se implicó en una guerra larga, costosa e impopular, que le obligó a enviar un ejército de 375.000 hombres y donde sufrió 27.000 bajas mortales, y que terminó con un formidable desastre militar, la rendición de la guarnición francesa de Diên Biên Phu (mayo de 1954) tras varias semanas de duros combates con el ejército insurreccional de Vietnam, el Viet Minh, y con la retirada de Francia de todo el sudeste asiático. En Marruecos, Francia tuvo crecientes dificultades (disturbios, huelgas, sabotajes, manifestaciones) desde 1953, por las aspiraciones nacionales y dinásticas de la dinastía reinante en la región, encabezada por Mohamed V, y el ascenso del nacionalismo de masas: en 1956, reconoció la independencia del reino. Argelia, donde como en Indochina Francia volvió a empeñarse en una guerra costosísima y brutal (1954-62), desgarró a Francia. El Frente de Liberación Nacional argelino, la principal fuerza de oposición al poder colonial, hizo del terrorismo y la acción directa la estrategia para la independencia y la revolución argelinas; Francia respondió con la ocupación militar (ejército de 400.000 hombres), la represión, ejecuciones selectivas, “limpieza” de barrios árabes, y acciones militares durísimas contra las zonas y refugios de la insurrección. La IV República no pudo sobrevivir: ante el temor a un golpe militar del Ejército colonial, apoyado por los colonos franceses en Argelia, partidarios de una “Argelia francesa”, el Parlamento llamó al poder al general De Gaulle (mayo de 1958), el héroe de la Francia “libre” durante la II Guerra Mundial, que, en unos meses, tras cambiar la Constitución y todo el sistema político del país, proclamó la V República, un régimen presidencialista fuerte: en 1962 De Gaulle negoció con el FLN argelino la independencia de Argelia.

Bélgica y Holanda trataron igualmente de reconstruir de alguna forma sus imperios. Países de reducida capacidad militar, liquidaron, sin embargo, sus mandatos en cuanto la situación (para Bélgica: Congo, Ruanda-Burundi; para Holanda: Indonesia) comenzó a deteriorarse. Tras cuatro años de conflictos, negociaciones, acuerdos, rupturas y presiones de distinta intensidad y naturaleza, Holanda reconoció en 1949 la independencia de Indonesia. Bélgica no supo conducir el proceso del Congo: con-

flictos inter-étnicos, desorden militar, violencia racial, pusieron el país en el momento de la independencia (1960) al borde del caos –secesión de la provincia de Katanga, envío de tropas de la ONU, asesinatos políticos, resistencia guerrillera– y desembocaron ya en 1965 en una dictadura militar apoyada por Bélgica y los Estados Unidos. Portugal y España no tuvieron en un primer momento (1945-55) problemas serios. Luego, ya en la década de 1960, la negativa de Portugal a conceder la independencia a Angola, Mozambique, Cabo Verde, S. Tomé y Príncipe y Guinea-Bissau, a las que declaró “provincias de ultramar”, provocó, tras la aparición de importantes movimientos armados de liberación nacional, el estallido de guerras coloniales de amplias dimensiones que se prolongarían hasta 1974-75, alguna de ellas (Ángola, Mozambique) con graves implicaciones internacionales. España descolonizó mal: tuvo que dar la independencia al Marruecos español en 1956 arrastrada por la decisión francesa de reconocer la independencia del Marruecos francés, pero retuvo Ifni y Sahara, creando nuevos problemas con el nuevo reino de Marruecos independiente; en Guinea Ecuatorial, la independencia (octubre de 1968), pactada y negociada con España, desembocó en una dictadura brutal (Macías Nguema, 1968-74).

Europa perdió –y eso fue lo importante– prácticamente toda presencia militar y buena parte de su influencia política en Asia y África –y la que pudo haber tenido en América a través de las colonias antillanas y Canadá–, continentes muchos de cuyas regiones y países (Corea, Oriente Medio, Sudeste asiático, el subcontinente indio, el mundo árabe, el Caribe, el Congo, Sudáfrica...) iban a constituir en la segunda mitad del siglo XX los nuevos, y esenciales, escenarios de la vida internacional (y de la confrontación entre las superpotencias). Diên Biên Phu, Bandung y Argelia fueron ya hechos altamente significativos. La crisis de Suez de noviembre de 1956, una amplia operación militar franco-británica contra Egipto, reforzada con un ataque preventivo de Israel en el Sinaí, como respuesta a la nacionalización por Egipto del canal de Suez en abril de aquel año, operación que desencadenó una fulminante intervención condenatoria de la ONU, de los Estados Unidos y de la URSS que forzó la retirada de Gran Bretaña y Francia a los dos días de la invasión, probó que los viejos imperios europeos eran ya, en el mejor de los casos, meras potencias secundarias. Precisamente por ello, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Dinamarca, Islandia, Italia, Luxemburgo, Holanda, Noruega y Portugal, habían suscrito en 1949 con los Estados Unidos, Canadá y Turquía una alianza militar defensiva, la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), que estableció la cooperación militar –con una fuerza militar integrada– entre los Estados miembros en caso de ataque contra alguno de ellos, como garantía de su seguridad y defensa.

Las consecuencias de la II Guerra Mundial fueron, pues, extraordinarias. Los desafíos de la posguerra –reconstrucción, guerra fría, descolonización– cambiaron, en efecto, Europa. La reconstrucción –40 millones de europeos muertos en la guerra (entre ellos, los 6 millones de judíos exterminados en el Holocausto), regiones enteras y centenares de ciudades destruidas, devastadas, en Francia, Rusia, Italia, Gran Bretaña, Holanda, Polonia, Yugoslavia, en todo el este de Europa, en la propia Alemania– fue penosa, larga, difícil y muy costosa. Europa occidental se reconstruyó merced a la ayuda norteamericana, otra prueba más del declive del continente: 17 billones de dólares entre 1943 y 1947 en ayudas para asistencia y rehabilitación

urgentes; luego, 12 billones de dólares entre 1948 y 1951, tras la aprobación del Plan Marshall (el Programa para la Recuperación Europea), en créditos e inversiones para la reconstrucción de la industria y la agricultura. Liberada de la Alemania nazi por los ejércitos soviéticos –con la excepción de Yugoslavia, cuya liberación fue obra de la resistencia comunista dirigida por Tito (Josip Broz), que formó un gobierno comunista provisional en marzo de 1945–, la Europa del este (Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumania) quedó bajo poder comunista y dentro de la esfera soviética desde 1945-47; más, pues, como consecuencia de la ocupación militar (la URSS mantuvo en la Europa del este hasta 1985-90 varios cuerpos de ejército con un total de 520.000 soldados) que de la fuerza electoral de los respectivos partidos comunistas, lo que fue especialmente evidente en Polonia, Hungría y Checoslovaquia. En Alemania, ocupada militarmente en 1945, privada de regiones como Pomerania, Prusia del este y Alta Silesia integradas ahora en Polonia y dividida en zonas de ocupación bajo el mando de los distintos países aliados, la negativa de la URSS a aceptar la reconstrucción del país como un estado unificado y occidentalizado (democracia política, economía de mercado), que le llevó a bloquear Berlín en 1948-49 en el primer acto declarado de la “guerra fría”, determinó la división desde 1949 en dos Estados, un país democrático y federal, la República Federal de Alemania, la Alemania occidental, y un estado comunista, la República Democrática Alemana, la Alemania del este, con capital en Berlín-este (pues la antigua capital quedó igualmente dividida). En Grecia, la liberación fue seguida por una violenta guerra civil entre la resistencia comunista y las fuerzas monárquicas, que se prolongó desde octubre de 1944 hasta 1949 y que terminó con la victoria de los monárquicos gracias al apoyo de Gran Bretaña y de los Estados Unidos. Austria, ocupada por los aliados tras la guerra, fue restaurada como estado independiente y neutral, y como república democrática, en 1955.

La guerra llevó a la conclusión de que sólo la superación de los nacionalismos –y sobre todo, la cooperación franco-alemana– podía asegurar la paz. La unidad europea, entendida como una unión de países democráticos, apareció ya como una necesidad casi inevitable. En 1950, se presentó el Plan Schuman para la creación de un mercado común del carbón y del acero como base de la futura unión europea, mercado que, integrado por la Alemania occidental, Francia, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, se constituyó al año siguiente; esos mismos seis países creaban en 1957 la Comunidad Económica Europea. Con las excepciones de España y Portugal, sometidas respectivamente a las dictaduras de Franco y Salazar (y de Grecia, una dictadura militar entre 1967 y 1974 tras el golpe de Estado del Ejército de abril de 1967), la democracia quedó institucionalizada y garantizada desde la posguerra como la forma de gobierno de la Europa occidental (con regímenes y sistemas políticos distintos –repúblicas y monarquías; sistemas bipartidistas o multipartidistas; regímenes presidenciales o parlamentarios–, con alternancia de etapas conservadoras y etapas progresivas; y con crisis políticas y sociales ocasionalmente graves). El sufragio femenino quedó prácticamente universalizado. La edad electoral se rebajó, en una gran mayoría de países, a los 18 años. Países como Suecia y Dinamarca abolieron los viejos y conservadores Senados. Alemania occidental e Italia, los países fascistas de los años treinta, renacieron como democracias pluralistas, bajo la dirección en ambos casos de partidos demócrata-cristianos, partidos de



nueva creación que tuvieron apoyo popular considerable en el electorado moderado y de centro. En Francia se proclamó la IV República; en 1946, Italia abolió en referéndum la monarquía y optó igualmente por la república. Socialismo, socialdemocracia, laborismo, fueron desde 1945 –en el caso de los países escandinavos, desde antes– opciones de gobierno, no, como hasta entonces, movimientos de agitación y protesta. Los laboristas británicos, por ejemplo, gobernaron entre 1945 y 1951 y entre 1964 y 1970; el partido social-demócrata alemán, el viejo SPD reconstruido tras la guerra, llegó al poder, con su líder Willy Brandt como Canciller, tras su victoria en las elecciones de 1969. Los mismos partidos comunistas occidentales, que tendrían indudable influencia en medios intelectuales y académicos y considerable fuerza electoral y sindical en países como Francia e Italia (y en la clandestinidad, en el caso de las dictaduras española y portuguesa), aun no desvinculados totalmente de la tutela soviética hasta tarde, buscarían vías nuevas y autónomas hacia el socialismo –hasta culminar en los años setenta en el eurocomunismo, una reformulación de las tesis comunistas contra la dictadura del proletariado y el partido único y a favor de la profundización de la democracia – y aceptarían, en suma, el juego y los valores de la democracia, especialmente así en el caso del Partido Comunista Italiano.

La necesidad de legitimar socialmente el esfuerzo y sufrimiento de la guerra, provocó (o impulsó) cambios profundos en la política y en la función del Estado. Prácticamente, todos los países europeos occidentales adoptaron, de acuerdo con el pensamiento y las tesis de Keynes, el economista inglés, políticas de crecimiento económico, modernización y pleno empleo, y de intervencionismo o dirigismo estatal en el funcionamiento de la economía y creación de fuertes sectores públicos (nacionalizaciones de sectores clave como bancos centrales, minas, ferrocarriles y transportes aéreos, siderurgia, gas y electricidad). Las economías europeas occidentales fueron en adelante economías orientadas a la industrialización y el consumo de masas; todos los países de Europa occidental pusieron en marcha políticas sociales orientadas a garantizar desde el Estado la seguridad social y el “estado del bienestar” (seguros de accidentes y enfermedad, asistencia sanitaria universal, pensiones de jubilación, seguro de desempleo, educación gratuita...), según el modelo británico de Seguridad Social establecido en 1946.

Los resultados fueron muy notables. Europa occidental –con las excepciones de España y Portugal y, entre los países democráticos, de Irlanda– experimentó, sobre todo a partir de 1950, un verdadero milagro económico (y la España de Franco, en la década de 1960). En 1950, la producción de bienes era ya un 35 por 100 mayor que en 1938; en 1964 era un 250 por 100 más alta. El PIB alemán creció entre 1949 y 1959 a una media anual del 7,5 por 100. La economía italiana, aun limitada por el problema del subdesarrollo del sur del país, creció en esos años a una media del 6,4 por 100 anual, la francesa (que viviría entre 1945 y 1973 sus “treinta años gloriosos”) y la holandesa crecieron a una media del 4,5 por 100 y la británica, del 2,6 por 100. La renta per cápita de esa Europa creció entre 1950 y 1970 a una media del 4 por 100 anual, una cifra sin precedente en la historia europea. El PIB medio de Europa occidental se duplicó entre 1950 y 1973. Paralelamente, el desarrollo de la medicina (antibióticos, vacunas, nuevas técnicas quirúrgicas y nuevos fármacos, chequeos médicos, quimioterapia, etcétera, en todo lo cual y pese al liderazgo nor-

teamericano, la contribución europea continuó siendo sustantiva) y la extensión de la sanidad pública, de políticas asistenciales y de seguridad social, cambiaron la demografía europea (y la vida misma). La población europea pasó de 400 millones en 1950 a 460 millones en 1970 (la URSS, de 180 a 243 millones). Francia pasó de 39,8 millones de habitantes en 1946 a 46,5 millones en 1962; Alemania occidental, de 46,5 millones en 1946 a 60,6 millones en 1970 (mientras Alemania del este quedaba significativa y literalmente estancada: 18,4 millones en 1946; 17 millones en 1970). Gran Bretaña creció de 48,7 millones en 1951 a 53,9 millones en 1971; Holanda, de 9,6 en 1947 a 13,1 millones en 1971. Europa occidental era en 1960 una sociedad mayoritariamente urbana: casi 30 ciudades superaban ya el millón de habitantes; la población urbana representaba el 60-70 por 100 de la población europea occidental.

Petróleo, gas natural y energía nuclear multiplicaron, como en todo el mundo por otra parte, el uso industrial y doméstico de la electricidad. Como en los Estados Unidos y otros países desarrollados, la posguerra fue para Europa los años del automóvil, los electrodomésticos, la vivienda suburbana, la televisión, los centros comerciales, del crecimiento de las clases medias y de los trabajadores de “cuello blanco”: el número de automóviles pasó en Europa occidental de unas 500.000 unidades en 1950 a cerca de 9 millones en 1970; algunos modelos especialmente —el Volkswagen “Beetle”, el Renault 2CV, el Mini-Cooper, los Fiat 500, 600 y 1100— democratizaron el uso del coche y el tiempo libre de la masa de la población. Los cambios tecnológicos e industriales de las industrias del automóvil, aviación, química, electrónica y de información hicieron de teléfonos, aviación comercial y de pasajeros, automóviles, vehículos industriales, trenes de alta velocidad (el primero, en Francia en 1964), televisión y radios —con la BBC británica como la más importante institución del sector en el mundo—, transistores y, desde los años 60 y 70, de ordenadores y computadores personales, instrumentos de aplicación y uso universal e imprescindible, al hilo de lo cual cambió sustantivamente la organización del trabajo y de la propia vida colectiva. Europa logró dos grandes éxitos en la industria de la aviación: el Concorde (1969) y el Airbus A 300 (1972); en 1977, la Agencia espacial Europea puso en órbita un satélite meteorológico de gran precisión y utilidad, el Meteosat. En todo caso, con rentas per cápita que en 1975 superaban los 3.500 dólares (en valores de ese año), los países de Europa occidental —incluida hasta cierto punto la España del desarrollo de los años 1960/75—, como los Estados Unidos, Canadá, Japón, Australia, Nueva Zelanda y algunas regiones de América Latina, esto es, como el mundo occidental, había entrado en lo que en los años 60 se definiría como la era de la “afluencia”, la era de la abundancia. Eran ya sociedades con altos niveles de desarrollo, bienestar social, educación superior y prosperidad, en las que se habían producido una disminución dramática de las tasas de mortalidad y natalidad, y donde buena parte del gasto familiar e individual, estimulado por una publicidad inundatoria, era absorbido por vacaciones, turismo, segunda vivienda y las múltiples y cambiantes formas del consumo y el ocio (televisión, cine, deportes, industrias de la moda y música,...).

Significativamente, el episodio social más grave acaecido en Europa occidental entre 1945 y el final del siglo, la movilización de los estudiantes franceses del mes de mayo de 1968, fue una revuelta generacional anti-autoritaria en el seno de un país

democrático, no una revolución obrera o sindical; de hecho, las únicas revoluciones sociales que se produjeron en ese tiempo fueron el feminismo –la filosofía política y los movimientos sociales en defensa de la plena igualdad cívica y jurídica entre mujeres y hombres, que parecería casi conseguida en los años 60–, la irrupción definitiva y masiva de la mujer en todos los ámbitos de la vida social (profesional, científico, educativo, político,...) y la revolución sexual que casi toda Europa occidental experimentó durante los años 60.

Problemas no faltaron. La crisis argelina provocó, como veíamos, el fracaso de la IV República francesa y su substitución a partir de 1958 por la V República del general De Gaulle. Un golpe militar implantó la dictadura en Grecia entre 1967 y 1974. El nacionalismo resurgió a partir de los años 60 en regiones europeas de acusada identidad particularista (Irlanda del Norte, País Vasco, Córcega, Cataluña, Flandes, Escocia,...): el conflicto desatado por el terrorismo del Ejército Republicano Irlandés, el brazo armado del nacionalismo católico y pro-irlandés de Irlanda del Norte, provocaría la muerte, entre 1969 y 1997, de unas 3.000 personas en la provincia; ETA, organización armada e independentista vasca creada en la clandestinidad bajo la dictadura de Franco en 1959, mató a cerca de 50 personas entre 1969 y 1975. La herencia del 68 –que no había sido sólo un hecho francés, sino un hecho general europeo– dio paso en Alemania e Italia a la aparición, ya en la década de 1970, de movimientos revolucionarios de extrema izquierda (grupo Baader-Meinhof, Brigadas Rojas) que, aun marginales y sin apoyos sociales significativos, recurrieron al terrorismo y la acción armada en atentados y asesinatos que provocaron gran conmoción (particularmente, el asesinato en Italia en 1978 del dirigente demócrata-cristiano Aldo Moro). La inestabilidad gubernamental (50 gobiernos entre 1945 y 1991) era endémica en Italia: varios atentados de la ultraderecha apuntaron a la existencia de una posible estrategia de la tensión para desestabilizar la democracia (e impedir la probable llegada del Partido Comunista, el segundo partido del país, al gobierno). Entre 1964 y 1979, Gran Bretaña, lo mismo con gobiernos laboristas (1964-70, 1974-79) que con gobiernos conservadores (1970-74), fue el “enfermo de Europa”: huelgas, presión sindical, ineficiencia de las empresas nacionalizadas, pérdida de mercados, cierre de empresas históricas (grandes astilleros, minas de carbón, fábricas de automóviles), desempleo, inflación. Un gran escándalo de espionaje (a favor de la Unión Soviética) convulsionó la política alemana en 1974 y obligó a dimitir al propio Canciller (el social-demócrata Brandt).

Pero los grandes debates ideológicos y políticos en torno a valores universales –sobre el tipo de sociedad, la justicia social, la economía, la lucha de clases, el estado, el socialismo– habían desaparecido de la política europea o no tenían ya la relevancia e intensidad que habían tenido en el pasado. La política de los gobiernos era, cada vez más, política económica, en la que las discrepancias, a menudo radicales, sobre políticas concretas (política fiscal, volumen del gasto público, política de rentas, oferta monetaria, precio del dinero,...) no parecían poner ya en cuestión la viabilidad de la economía de mercado como base del bienestar, el empleo y el desarrollo; la política de los partidos era, sencillamente, cálculos y estrategias electorales y de poder. La brutal elevación que los precios de petróleo experimentaron, por decisión de los países productores, en 1973 hizo reaparecer por unos años el espectro de la inflación, el estancamiento económico y el desempleo (que a principios de los



años 80 alcanzó en algunos de países europeos cifras no conocidas desde los años treinta). Pero la combinación de medidas de austeridad (sobre precios, salarios y tasas de interés), reducción del gasto público, desregulación económica, reducciones de impuestos, reconversión industrial, mayor integración de sus economías y pronto, privatización de muchas de las empresas públicas creadas en la inmediata posguerra, a que recurrieron los gobiernos —conservadores, socialdemócratas, liberales—, permitió la recuperación: entre 1985 y 2000, las economías de los principales países europeos occidentales registraron crecimientos en torno al 2-3 por 100 anual.

La unidad europea avanzaba. La creación en 1958 de la Comunidad Económica Europea creó un amplio entramado de instituciones comunitarias, con centro en Bruselas, Estrasburgo y Luxemburgo (Comisión, Consejo de ministros, Parlamento Europeo, Tribunal de Justicia). En 1962, nació la Política Agraria Común. En 1968 entró en funcionamiento la unión aduanera de los seis países de la CEE. Gran Bretaña, Dinamarca e Irlanda se integraron en ésta en 1973; en 1975, los Nueve crearon el Fondo Europeo para el Desarrollo Regional, un instrumento capital para la política social y económica europea. En 1974, se instituyó el Consejo de Europa, la reunión de jefes de Estado y de gobierno de los países comunitarios, como órgano supremo de gobierno y decisión de la política europea. En 1979, se acordó que el Parlamento Europeo se eligiera mediante elecciones directas; se creó, además, el Sistema Monetario Europeo para unificar los tipos de cambio y disponer de una unidad monetaria de referencia. Pero la ilusión europeísta de los primeros años se habían en buena medida desvanecido: Europa nacía ante todo como un mercado común; la construcción europea era, no una cuestión política, cultural y de ideas, sino un debate sobre complejísimas cuestiones económicas, monetarias, aduaneras y jurídicas que interesaba ante todo a las burocracias europea y nacionales, a técnicos de la administración y a especialistas en derecho comunitario.

Europa occidental parecía incluso dispuesta a aceptar la división en dos bloques creada por la II Guerra Mundial. Desde luego, los países europeos, que habían ido manifestando, si bien de forma matizada y prudente (salvo la Francia de De Gaulle, 1958-69), discrepancias y diferencias respecto de los Estados Unidos en algunos de los conflictos más álgidos de la “guerra fría” (Cuba, 1962; Vietnam, 1964-75; Oriente Medio), favorecieron la “distensión”, la política de mejora en las relaciones diplomáticas entre el mundo occidental y la URSS, y de negociaciones sobre armas nucleares y desarme, que, con contradicciones y desencuentros, las dos superpotencias iniciaron desde mediados de los años 60. De Gaulle, obsesionado por dotar a Francia de una política exterior independiente y de “grandeur” y que proclamó que Europa debía ir desde el Atlántico a los Urales, propició la creación de una Europa unida bajo el liderazgo de Francia y progresivamente alejada de los Estados Unidos (en 1963 y 1967 vetó la entrada de Gran Bretaña en la CEE por entender que el Reino Unido sería el “caballo de Troya” de los Estados Unidos en la Comunidad). En 1972, la Alemania Federal, de acuerdo con la *ostpolitik* (apertura al este) del canciller Brandt, reconoció a la Alemania Democrática del este, y firmó acuerdos con la Unión Soviética y Polonia reconociendo las fronteras trazadas al final de la II Guerra Mundial. Dirigentes de treinta y cinco países de las dos Europas (y también de los Estados Unidos y Canadá), suscribieron el 1 de agosto de 1975 el Acta de

Helsinki para impulsar el entendimiento entre todos ellos y garantizar la seguridad y cooperación en Europa (sobre la base de igualdad entre los Estados, inviolabilidad de fronteras y renuncia a la guerra), lo que equivalía a reconocer la situación creada en el continente desde 1945. En 1983, la decisión norteamericana de desplegar en Europa nuevos tipos de misiles nucleares que restableciesen el equilibrio militar en el continente con la Unión Soviética provocó fuertes tensiones entre los Estados Unidos y los gobiernos europeos, y amplias protestas pacifistas y anti-norteamericanas en buena parte de Europa.

La autocomplacida conciencia de la Europa occidental de 1970, de 1980, no quería probablemente ya recordar que Europa había sido el continente del imperialismo y la colonización, la causa de las dos guerras mundiales y la cuna del fascismo y del totalitarismo comunista. Europa occidental, aun con dirigentes responsables, firmes y enérgicos ante los grandes desafíos internacionales como el presidente francés François Mitterrand (1981-1995) o la primera ministra británica Margaret Thatcher (1979-1990), era una sociedad cada vez más incapaz de entender la guerra, cada vez más inclinada, por tanto, a los principios de la distensión y el pacifismo, razón que había llevado en 1976 a Raymond Aron, el influyente ensayista y politólogo liberal francés, a escribir que Europa era una “Europa decadente” (de acuerdo con el mismo título del libro que publicó en el año citado, *Plaidoyer pour l'Europe decadente*). Pero Europa era también igual a democracia, economía de mercado y estado del bienestar. Por el contrario, la utopía comunista había conducido al desastre. Parafraseando el título del libro del historiador François Furet, *El pasado de una ilusión* (1995), el comunismo del siglo XX fue el fracaso, el horror, de una ilusión. Los autores de *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión*, publicado en Francia en 1997, cifraban sus víctimas a lo largo del siglo en 100 millones de muertos: 65 millones en China, 20 millones de muertos en la URSS, 2 millones en Corea del Norte, un millón de muertos en la Europa del este,... El aplastamiento por el ejército soviético estacionado en Hungría en noviembre de 1956 del levantamiento popular que se produjo en el país en defensa de la apertura democrática iniciada en los meses anteriores por dirigentes del propio partido comunista (murieron unas 20.000 personas, otras 2.000 fueron ejecutadas posteriormente, entre ellos, algunos de los dirigentes de la reforma, y cerca de 100.000 se exiliaron), desacreditó para siempre al comunismo como teoría de liberación. El muro que en 1961 la Alemania comunista, la República Democrática Alemana, levanto en Berlín por presión de la URSS y para frenar el éxodo de la población hacia la Alemania Federal, un inmenso muro de cemento y alambradas fuertemente vigilado por fuerzas militares y policiales ante el que hasta 1989 murieron, tratando de escapar, unas 1000 personas, devino ante la opinión mundial el símbolo del terror policial comunista.

La historia del comunismo planteaba, además, interrogantes ideológicos, políticos y aún morales de indudable significación y trascendencia, y ciertamente inquietantes. Las dictaduras comunistas no se apoyaron, como el régimen de Hitler, en una megalomanía racista y militarista: se legitimaron en la doble ética de la revolución (el mito de la revolución de octubre de 1917) y del proletariado. La misma URSS de Stalin (1924-1953) apareció a los ojos de buena parte de la izquierda europea de los años 1930-50 como la gran patria de la revolución internacional (como luego ocurriría, aunque en menor medida, con la China de Mao Zedong y la Cuba de Fidel

Castro y Che Guevara). La derrota del comunismo, materializada en el colapso de los regímenes comunistas europeos en 1989 (y, si se quiere, en la evolución modernizadora y occidentalista de China desde la muerte de Mao en 1976), fue mucho más, por tanto, que la caída de un régimen, o de un conjunto de regímenes: fue la derrota del ideal revolucionario de la izquierda obrera del siglo XX.

La cuestión de hasta dónde esa izquierda, hasta dónde los partidos comunistas, se habían equivocado resultaba esencial para la comprensión misma de la historia del siglo XX. El fracaso tenía, obviamente, causas y razones históricas y políticas muy profundas. La misma revolución rusa de octubre de 1917 fue, como ya se indicó, mucho más un golpe de estado dado por un partido minoritario —el partido bolchevique, luego comunista— en una situación de vacío de poder, que una revolución de masas obreras y campesinas. Luego, la concepción leninista del partido, las ideas de los dirigentes soviéticos sobre el Estado y el poder político (dictadura del proletariado, control obrero, regulación planificada de la economía, industrialización a gran escala, colectivizaciones agrarias) hicieron que el régimen comunista ruso —arquetipo de todo el sistema comunista— desembocara de forma casi inmediata en un Estado totalitario y represivo. Entre 1927 y 1953, Stalin lograría la industrialización de la URSS, la victoria en la II Guerra Mundial (tras un esfuerzo colosal: veinte millones de rusos murieron en la contienda), la reconstrucción del país en la posguerra y la extensión del comunismo a la Europa del Este (resultado en la mayoría de los casos, como también quedó dicho, de la “liberación” de esos países en la guerra mundial por los ejércitos soviéticos). Pero, por su origen y por los mismos principios en que se apoyaba, aquella gigantesca revolución desde arriba conllevó la total absorción del Estado por el partido, la centralización del poder en éste y en sus órganos dirigentes (Politburó y Secretariado, apenas una veintena de hombres), la implantación sistemática del terror por los servicios de seguridad del Estado, el KGB (ejecuciones en masa, purgas, campos de concentración, llevados a la literatura, por ejemplo, por Solzenitsyn en *Un día en la vida de Ivan Denisovich* y *Archipiélago Gulag*), y el control e indocctrinamiento sistemáticos de la sociedad, vía la manipulación informativa y la intoxicación ideológica y educativa.

Con Stalin y sus sucesores (Jruschov, 1955-64; Brezhnev, 1964-82), la URSS se transformó en un gigante industrial y militar: en 1970 era, por ejemplo, el primer productor del mundo de acero, carbón, algodón y petróleo. A principios de la década de 1980, el Ejército soviético disponía de unos 5 millones de hombres, 37.000 tanques, unos 6.000 aviones de combate, y unos 3.000 misiles nucleares de distinto tipo (armamento en el que tenía superioridad sobre los ejércitos occidentales). El mantenimiento del imperio, los gastos militares, la carrera de armamentos (y la carrera espacial), estrangulaban, sin embargo, el desarrollo de la industria ligera y del consumo familiar; la política de colectivizaciones agrarias había llevado a la agricultura rusa al fracaso. El país importaba masivamente trigo, tenía un considerable retraso en tecnología moderna, el nivel de vida de la población era muy bajo, la vivienda constituía un problema crónico y las prestaciones de las industrias de servicios, alimentación y consumo, aunque habían aumentado en el periodo poststalinista, eran muy escasas y de pésima calidad.

Peor aún, la evolución de la Europa del este desde 1947-48, años en que, como ya quedó dicho, se consolidó el poder comunista, siguió, con la única excepción de

Yugoslavia, donde el comunismo nacional de Tito creó un régimen basado más en la autogestión obrera y las cooperativas que en el Estado, la evolución de la URSS: control estatal de producción, industria, comercio y banca, planificación económica, industrialización intensa, colectivizaciones agrarias (salvo en Polonia y Hungría), partido único y jefaturas unipersonales (Walter Ulbricht y Eric Honecker en Alemania del Este; Gottwald y Novotný, luego, tras la abortada primavera de Praga de 1968, Gustav Husák en Checoslovaquia; Tito, en Yugoslavia; Rákosi y Kádár en Hungría; Beirut y Gomulka en Polonia; Enver Hoxha en Albania; Dimitrov y Todor Zhivkov en Bulgaria, Gheorghiu-Dej y Ceaucescu en Rumania), control policial de la sociedad, purgas y represión, adoctrinamiento ideológico —que en Polonia y Hungría significó represión de la Iglesia y el catolicismo—, más política exterior de sumisión a la URSS (de nuevo con la excepción yugoslava: Yugoslavia rompió con la URSS en 1948 y, aunque ambos países se reconciliarían a partir de 1955, siguió una política exterior basada en la “neutralidad positiva” y la “coexistencia activa”). Los resultados fueron parecidos: construcción de grandes complejos industriales y mineros, desastres ecológicos, tecnología obsoleta, crecimiento económico y modernización modestos, fracaso de la agricultura y del mundo rural, colapso del sector exterior, bajísimo nivel de vida, salarios insuficientes, vivienda precaria (pese a la edificación en todas partes de gigantescos bloques de viviendas oficiales uniformes), paupérrima oferta de alimentación y productos de consumo. Salvo la católica Polonia, todos los países del este registraron bajísimos índices de crecimiento demográfico; Alemania del este perdió población. Hungría pasó de 9,2 millones de habitantes en 1949 a 10,6 millones en 1986; Bulgaria, de 7 millones en 1946 a 8,5 millones en 1970; Checoslovaquia, de 12,2 millones en 1947 a 15,5 en 1986; Alemania del Este, de 17,3 millones en 1950 a 16,6 millones en 1986; Rumania, de 15,8 millones en 1948 a 19,1 en 1966, Yugoslavia, de 15,7 millones en 1948 a 23,3 en 1986. Bajo el comunismo, los países del este de Europa se transformaron en países industriales y urbanos. El cambio en todos ellos respecto la situación anterior a la II Guerra Mundial fue notable y positivo. El retraso, en cambio, respecto de Europa occidental fue clamoroso: en 1990, la renta per cápita media de Europa del este era una cuarta parte de la renta per cápita media de los países europeos occidentales.

El sistema se mantuvo por la represión y cuando fue preciso, por la intervención de la Unión Soviética. Los tanques soviéticos —ya quedó dicho que la URSS dejó estacionados en la Europa del este desde 1945 hasta 1989 unos 520.000 soldados— aplastaron las gigantescas manifestaciones de protesta que estallaron en Alemania del este en junio de 1953. Un ejército de unos 500.000 soldados de fuerzas del Pacto de Varsovia, que englobaba militarmente desde 1955 a la URSS y a los países del Este (salvo Yugoslavia), invadió Checoslovaquia en agosto de 1968 y liquidó el proceso de reformas políticas (“un socialismo con rostro humano”) que, desde marzo, la “primavera de Praga”, habían venido impulsando dirigentes reformistas del partido (bajo el liderazgo del secretario general, Dubcek). En diciembre de 1981, el jefe del gobierno polaco, el general Jaruzelski, bajo presión soviética y para prevenir una intervención militar similar a la de Checoslovaquia, declaró el estado de sitio en el país —un verdadero golpe de Estado— y prohibió Solidaridad, un gigantesco sindicato libre de oposición que había surgido al hilo de las grandes huelgas que, contra la

carestía de la vida, se habían producido desde 1979-80 en diversas ciudades polacas (expresión, además, de la amplia contestación intelectual, obrera y religiosa, que el sistema comunista había provocado en Polonia).

El fracaso del comunismo en la URSS y en la Europa del este fue así, ante todo, el fracaso de un sistema, de unas políticas económicas, militares y sociales precisas y determinadas, adoptadas por los dirigentes comunistas en razón de sus propios planteamientos ideológicos y políticos y de su particular visión de la sociedad y de la historia; no fue, en modo alguno, el resultado de las circunstancias históricas. Con todo, la caída de los regímenes comunistas europeos no fue consecuencia ni de la presión exterior —concretada en la renovada firmeza antisoviética demostrada en los años 80 por los Estados Unidos bajo el liderazgo conservador del presidente Reagan, con el apoyo de Gran Bretaña liderada desde 1979 por Margaret Thatcher, la enérgica dirigente conservadora cuya decidida política de privatizaciones y liberalización económica galvanizó el país y sacó a Gran Bretaña de la crisis en que estaba sumida desde los años 60, y si se quiere, con el apoyo también del papa polaco, Juan Pablo II, nombrado en 1978)— ni de la oposición y el descontento internos, evidentes en países como Polonia, Checoslovaquia y Hungría, pero muy débiles en la propia Unión Soviética, reducidos de hecho a la disidencia individual de un puñado de intelectuales de extraordinario valor moral y personal (Sinyavsky, Daniel, Orlov, Ginsburg, Shcharansky, Solzenitsyn, Sajarov, Medveded...). En su historia de Europa en el siglo XX (*Dark Continente. Europe's Twentieth Century*, 1998), el historiador británico Mark Mazower equiparaba la caída del comunismo en 1989 a la caída del imperio británico a partir de 1947: se produjo cuando y porque los mismos hombres del sistema (en el caso soviético, Andropov, Gorbachov, Shevardnadze, Yeltsin...) se dieron cuenta que era imposible sostenerlo. Gorbachov, el nuevo líder soviético desde 1985, intentó una reforma gradual del sistema, mediante la reestructuración de la economía soviética (*perestroika*), la aceptación de créditos internacionales y una mayor transparencia informativa (*glasnost*). El anuncio de que la URSS no intervendría ya en los países satélites y que retiraría sus tropas de los mismos precipitó el hundimiento del sistema, la revolución de 1989: cambios pactados (Hungría), huelgas (Polonia), grandes movilizaciones de masas (Checoslovaquia, Alemania del este), violencia callejera (Rumania, donde el jefe del estado, Ceausescu, sería ejecutado), impusieron la sustitución de los gobiernos comunistas por gobiernos democráticos provisionales y la apertura de procesos electorales y constituyentes. La propia URSS, donde Gorbachov había convocado elecciones en marzo de 1990, se desmoronó, primero, después que varias de las repúblicas bálticas (Lituania, Estonia, Letonia) que la integraban proclamaran su independencia, y definitivamente en diciembre de 1991, luego que una reacción popular encabezada por Boris Yeltsin, elegido presidente de Rusia, hiciera fracasar un golpe de Estado preparado por dirigentes comunistas en agosto para restablecer el régimen soviético. La declaración de independencia en junio de 1991 de Eslovenia y Croacia provocó a su vez la desintegración de Yugoslavia, país constituido desde 1945 como una república, además de comunista, federal, integrada por Serbia, Montenegro, Croacia, Eslovenia, Bosnia-Herzegovina y Macedonia.

La caída del comunismo consagraba de esa forma el triunfo de la democracia liberal occidental. A ello habían contribuido igualmente otros hechos. En 1974 caye-



ron las dictaduras griega (establecida por un golpe militar en 1967) y portuguesa, ésta tras un golpe de militares de izquierda, que liquidaron además las guerras coloniales. La muerte de Franco en 1975 permitió la transición de España a la democracia. La transición española, cuyos principales artífices fueron el rey Juan Carlos y Adolfo Suárez, el primer ministro entre 1976 y 1981, fue especialmente significativa, y sirvió en buena medida como modelo para otras transiciones en América Latina y en la Europa del este. Primero, porque fue una reforma política hecha desde la propia legalidad anterior; segundo, porque creó un nuevo consenso histórico en el país, que se configuró (Constitución de 1978) como una monarquía democrática y como un estado autonómico que confería un alto grado de autonomía a regiones y nacionalidades (concepto, el último, que señalaba a Cataluña, País Vasco y Galicia); tercero, porque a pesar del terrorismo de la organización independentista vasca ETA (unos 800 muertos entre 1975 y 2.000), la democracia española cristalizó en un régimen estable y plural –como mostraba la misma alternancia de partidos en el poder– y en una de las economías más dinámicas de Europa, que recobró enseguida, tras la entrada en la OTAN y en la Comunidad Europea (1986) y especialmente en la etapa de gobierno socialista entre 1982 y 1996, un renovado papel internacional.

Pero la revolución de 1989 tuvo, lógicamente, una dimensión histórica excepcional: una era de la historia del mundo (por decirlo en palabras del historiador británico Hobsbawm) había concluido. La caída del comunismo pareció consagrar el triunfo de la democracia liberal occidental, y en Europa, el triunfo de los valores y principios (libertad individual, solidaridad humana, diálogo y confrontación de ideas, ciudadanía, democracia, derechos humanos) sobre los que Europa occidental se había construido desde 1945 y que muchos creían consustanciales a la civilización europea.